

Edifiquemos EL LUJO

Con todo su capricho y exigencia se enseñorea en algunos hogares proletarios causando su ruina moral y material; llevando á la postre todo un cúmulo de consecuencias funestas que se lloran ó maldicen, pero cuando la desgracia—fatalmente provocada—se lleva entre sus garras la reputación de una familia, ó la miseria ciernen sus alas humillantes para hacerla deponer de su orgullo.

Es una aberración suponer que la delicadeza ó la distinción debe abrigarse con acedados trajes. Debemos en ese caso rechazar la deferencia de que somos objeto, si ella á de comprometer la incólume soberanía de nuestros hogares.

Pero desgraciadamente las contagiadas sociedades en los torneos de la vida, se disputan la honra de aparecer vislumbrantes, de causar la atención de los públicos, y, esta misma sociedad se levanta después inexorable descargando sus furios sobre la mujer caída que han hecho sucumbir en el pantano de sus vicios.

No imitemos las grandezas pequeñas, lo que aparece y no se encuentra, lo que encierran las lujosas telas que mucho dicen pero no nos explican nada.

Rindamos nuestros respetos á la modestia.

Llevemos esta virtud al hogar para que aparezcan nuestras hijas hermosas, delicadas, sublimes.

¡Cuántos padres quieren elevar á sus hijas vistiéndolas, conforme las exigencias de la moda!

Como es para ellos humillantes que otras vistan mejor, satisfacen sus vanidades y como agregado les manifiestan que deben seleccionar sus amistades para que se den á valer.

Aquella niña escoje vanidosas iguales á ella, elije las más presumidas, pero no busca la condición moral de éstas.

Son mujeres que les sonroja la compañía de una harapienta y á quienes no logran inducir las buenas cualidades de un obrero, por que las humilla, por que la delicadeza que con gotas de sudor han sabido mantener sus *bonisimos papiás* no le permiten enlodarla, aceptando como pretendiente á quien no tiene más defecto que manchar su traje en el trabajo.

Así las presenciamos muy coquetas y muy monas, en jaleos con un inepto para el trabajo, con un vago de levita que decentemente cautiva á la niña y forja la ilusión de sus obsecados padres, para luego aprovecharla y llevarse entre su *decencia* la reputación de la familia sumiéndola en un océano de lágrimas y desventuras.

Niñas que tienen la imaginación preocupada en el piano, el tocador ó la novela.

Los días de labor atestiguan su presencia en las ventanas.

Mujeres de salón que á la muerte de sus padres ó se resignan al sacrificio de rebajar sus pretensiones y su holganza, ó siguen siendo desdichadamente... *mujeres de salón*.

Hay un número considerables de padres de familia que ahorran en la comida y hasta para vestirse ellos, por no faltar á los lujos de la señorita, para evitarle un disgusto, para no menoscabar su delicadeza.

De resultas, aquel hogar es un verdadero contraste: entre la señorita y los padres, éstos parecen los sirvientes.

El padre en el trabajo agotando sus fuerzas, no para su ancianidad sino para pagar los compromisos que contraigan el lujo de su hijas; y la madre en sus quehaceres domésticos eliminando de estos á las niñas, para que se *dignifiquen*, para que el lavado y la cocina no les perjudiquen sus *delicadas manos*.

No es difícil encontrar quienes niegan á sus padres ó desconocen á la familia con criminal preteución para que no se formen una idea de lo que valen ellas, las selectas personas que las honran con su amistad.

En toda fiesta se distinguen; son las que visten mejor para humillar á las demás y si lucen todo un muestrario de galas, carecen de lo principal: *la educación*. Cuando se les invita á una fiesta preguntan con énfasis si á ella asiste *gente baja*; exclamación torpe y criminal que enrola á su padres que pertenecen á ese *montón despreciado*.

Son señoritas areolitos que ni tienen cabida entre la democracia, ni entre los de arriba.

Han hecho esos padres de sus hijas aristocracias de cartón para que las desprecien en todos los círculos sociales.

Han formado con el lujo y la pretención un abismo para sus hijas; han querido *dignificarlas* hoy para *esclavizarlas* en el futuro.

Así es como tantas *delicadezas* forman parte del enjambre de desdichadas, estropajo de la sociedad y de las leyes.

Nos contrista pensar que estas hijas lleguen á ser madres de familia, que eduquen á sus hijos en lo que heredaron, poniendo cimientos al edificio social tan falsos, tan débiles, tan enfermos, pero difícil de deruir si no nos proponemos á edificar en el hogar.

Continuará

Las injusticias de siempre

Con sumo placer he visto que en el número antepasado de este periódico el Editor tuvo la fineza de contestar el artículo que «Otro Observador» escribió en «El Sol» sobre el mismo tema con que encabezó estas líneas. Realmente tenemos que confesar que esa contestación está cuajada de pensamientos tan nobles y de argumentos tan irrefutables, que el escritor de «El Sol» ha tenido que pegar un labio con otro con soldadura, y á su cerebro no llega aún una idea que los separe, porque ha tenido que rendirse ante la evidencia, á no ser que por dignidad ó por opinión tenga que estampar su nombre con todos sus peros en esa Revista, escudo de los beatos, al pie de algún párrafo en que se disculpa por su intervención diplomática; pero dudo que esto suceda.

Aunque agradezco al Sr. Montero que tan victoriosamente me honra y me defiende, haré saber que yo no quise considerarme como aludido con esa enérgica protesta de «Otro Observador» porque no tenía un solo concepto digno de tomarse en cuenta; y lástima que esa defensa tan apasionada que él hace, haya sido eclipsada por él mismo con el cuento de las *medias de lana para el rico y de algodón para el pobre*. La impresión que causó dicho artículo á la generalidad fué tan triste, que todos decían: el que ha escrito eso debe ser algún (lo que llamamos como término original de nuestro idioma)... *cepillo*.

Al ver que mis protestas, gritos, ofensas, y mis producciones de observador desinteresado, han encontrado eco en la práctica, no puedo menos que regocijarme y sentirme satisfecho; debe el pueblo sentirse también orgulloso porque en algo se le han atendido sus lamentos. La organización del negocio de la madera de la Junta ha sido víctima de una metamorfosis terrible: Ya no se vende más madera, se dice, la regalan á los verdaderos pobres; hay comisiones especiales cuyo trabajo es examinar á quien se le debe auxiliar ó no. Se harán 10 ó más casas en cada distrito ó barrio para mujeres solas, con hijos y con terreno propio. De tal modo que las que no posean su pedacito de tierra, tendrán que albergarse en la luna.

Es imposible saber nada de cierto, pero poco á poco tendremos oportunidad de ver los resultados y luego nos oirán la boca. No se crea por esto que este periódico sólo se complace en sensurar, no. No sería justo que las buenas obras pasaran inadvertidas sin brindarles su aplauso.

Por consiguiente si ahora principia á verter la sangre de muchos corazones estultos que se han sentido punzados con nuestras estuosas aclamaciones, y van ahora á entrar de lleno al terreno, que muchos llaman escabroso, de la caridad.

Si ahora principian á regar la semilla de la misericordia sin más miramiento que la buena fé; si ahora quieren sentirse afectados y conmovidos por los dolores del pueblo desvalido; entonces nos tendrán como valientes soldados, de cuerpo entero, alegres, metiendo el hombro para ayudar á soportar el peso enorme de la caridad; y enalzando en nuestras columnas sus bellas obras que llegan á los más recónditos suburbios. Si señores, si es que hay gloria, si existe después de muchos billones de leguas de las regiones etéreas, alguna mansión en que el Sér Supremo albergará gran parte de los integrantes del globo terráqueo el 75 o/o si no todos de los que llegarán allí, deberán ser aquellos que han sabido cumplir con el deber más sagrado que Dios, la conciencia y la Naturaleza han impuesto: *la caridad*. Pero la caridad bien entendida, desnuda, limpia, cristalina; desprovista de la especulación y el abuso.

En boca de muchos, que se aprecian de educadores, de cultos, de honrados, se deja oír que tras la careta de la pobreza y de la humildad se ocultan ó se alimentan los vicios. Sí, los vicios, la maldad, el engaño, viven sólo en el corazón del artesano y del labrador. No comprenden que es muy duro para un pobre trabajador que llegue á su casa con su sueldo de 6, 7 ó 8 colones de la semana con los cuales tiene que pagar renta de casa, todo lo necesario desde la lumbre, vestiduras para él, su señora y cuatro niños todos pequeños, en los cuales no mira sino esperanzas; Doctor y medicinas para dos de ellos agobiados por una terrible dolencia; porque el médico del pueblo, si es que lo hay, accede con repugnancia á su llamamiento ó se finge muy ocupado. Aquel se desgarró ante aquella trágica escena; comprende que después de estar todos los seis días de la semana con su espalda expuesta á los rigores del sol, con su cuerpo cubierto de sudor, sus fuerzas agotadas, no puede satisfacer las necesidades de su hogar. Entonces busca algún aliciente que mitigue sus penas, y opta por alcoholizar su cerebro: estos son los grandes vicios... —Ignoran esos seres, que tanto odio abrigan por el proletario, que en lo más pulcro de la sociedad, en lo más instruido y selecto de la aristocracia, tras el lujo desmedido de su habillé, tras los indelebles pergaminos de su nobleza, es donde se ocultan los más famosos merodeadores, los grandes corruptores de las buenas costumbres, los agiotistas de patente, los desfalcadores autorizados, y donde los vicios más ostensibles del juego y del alcoholismo tienen sus raíces más lozanas.

Abrigamos la esperanza que pronto la «Junta Nacional de Socorros» tirará á luz pública algún folleto en que nos demuestre con numeritos claritos y bonitos los muchos miles que el ojo humano á bulto no calcula, de madera que ha entrado, y de los otros centenares de billetes de á cien colores que se han obtenido mediante su venta.

Conforme vaya cerciorándome de lo que suceda, sea bueno ó malo, tendré el placer de hacerlo saber, siempre que «Otro Observador» no me venga con fatuas reprimendas.

UN OBSERVADOR.

Cartago, noviembre 6 de 1910.

Al vuelo

Nos resistimos á creer lo que ciertos periódicos comentan del partido «Obrero Independiente».

Si esos rumores que hacen circular—talvez enemigos de la liga—son infundados y con el fin exclusivo de torcer la buena marcha de los victoriosos en las elecciones habidas de Limón, ya lo saben nuestros compañeros: «Hoja Obrera» acepta gustosa su defensa y pone las columnas á sus órdenes.

Debido á los rumores algunos tergiversan maliciosamente la actitud de los obreros limonenses y ponen en tela de duda su independencia proclamada con gallardía y altivez.

Otras mujeres desheredadas de la buena suerte hubieran ocupado las sillas de primera en la pasada temporada teatral, no se hubiera hecho esperar tanto el señor Gobernador con su famosa circular, prohibiendo para las *cortesanías* los lugares de preferencia.

Acusamos la falta por motivo de haber durado tanto tiempo esa complacencia nada más que por ser preferidas de ciertos señores que *lo hacen todo* y hasta *extienden*